

REAL ACADEMIA DE DOCTORES

---

# EL DORSO DEL PENSAMIENTO

DISCURSO DE INGRESO LEIDO EN  
LA REAL ACADEMIA DE DOCTORES, EN SU RECEPCION  
PUBLICA EL DIA 24 DE ABRIL DE 1991, POR EL

EXCMO. SR. D. JUAN ROF CARBALLO

Y CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. JOSE M.<sup>a</sup> BARAJAS  
Y GARCIA-ANSORENA



MADRID, 1991



## INDICE

I. REPARANDO UNA INJUSTICIA .....	7
II. EL VALOR TERAPÉUTICO DEL PENSAMIENTO .....	9
III. LA ESENCIA DEL PENSAMIENTO .....	14
IV. PENSAMIENTO Y SALUD PSICOFÍSICA .....	19
V. EL HORIZONTE Y EL CEREBRO DUAL .....	20
VI. EL ESTADO DE VIGILANCIA .....	23
VII. VERSATILIDAD Y GLOBALIDAD .....	26



Excelentísimo Sr. Presidente,  
Señores Académicos,  
Señoras y Señores.

I

## REPARANDO UNA INJUSTICIA

No es necesario decir cuan alto es el honor de ser acogido hoy aquí como miembro de la REAL ACADEMIA DE DOCTORES. Revivo en esta solemne ocasión de mi vida aquellos años de mi juventud en que me fue concedido este preciado título de doctor tras la lectura de mi *Tesis doctoral*. Fue ésta dirigida por dos grandes maestros; Hans Eppinger en el Hospital de Lindenburg en Colonia y Gustavo Pittaluga, en la Facultad de Medicina de Madrid.

En el año 1933 leí mi tesis: *Función de los ácidos grasos no saturados en el organismo*. Hace de esto cincuenta y ocho años. Son muchos cincuenta y ocho años en la vida de un hombre, y más aún si éste es médico y la Providencia generosa le ha permitido asistir durante este período al cambio más fabuloso y espectacular que durante el mismo han experimentado nuestros conocimientos biológicos. El saber de los discípulos de Hipócrates ha crecido en estos años más que en todo el resto de su historia. Los estudiantes actuales tienen derecho a sonreír de las modestas investigaciones de aquel mozo presuntuoso que abordaba con audacia un tema entonces mucho menos estimado y que hoy constituye una de las más hermosas claves de la bóveda de nuestro saber.

Mi maestro Eppinger, cuando yo llegué a Colonia, estaba construyendo una *Teoría general de la enfermedad* sobre lo que llamaba *seröse Entzündung*, o sea, *inflamación serosa*, un trastorno de la permeabilidad de los endotelios. ¿Por qué genial intuición me asignó como tema de mi tesis el estudio de los ácidos grasos no saturados?. Uno de ellos, el

ácido araquidónico, que Armstrong y Hildich habían descubierto en 1925 en el aceite de la ballena, se ha mostrado como sustancia fascinante que está en el centro del metabolismo, regulando y dirigiendo desde la fisiología de los endotelios a los mecanismos de coagulación de la sangre, desde el juego de enzimas que rigen el metabolismo de las prostaglandinas hasta la fisiopatología del calcio, de los fosfolípidos, de los neurotransmisores, desde la reabsorción del hueso hasta la patología del sistema endocrino de la mujer, desde el conocimiento de enfermedades nuevas como el «síndrome de Bartter» hasta la artritis reumatoide. Hoy es el elemento central en la fisiopatología de los llamados *eicosanoides* y también interviene, al parecer, en el enigma más fascinante del hombre: en el nacimiento de la inteligencia.

De esta inteligencia, de su dorso, voy a hablar aquí, pero antes me vais a permitir que la evocación de aquella audacia juvenil que fue mi tesis doctoral me dé ocasión de reparar una injusticia. Muchos años después de la lectura de mi tesis paseaba yo por las orillas del lago Lemán, en Ginebra, ciudad en la que nos había convocado a seis «expertos» de todo el mundo la *Organización Mundial de la Salud* para definir y establecer el estatuto fundamental de la Medicina psicosomática. Mitscherlich, uno de ellos, psicoanalista, era el autor de un libro: *Medicina sin humanidad*, en cuyas páginas se inculpaba a los médicos que habían obedecido al nacionalsocialismo.

Entretanto, en Norteamérica, se había instituido un *Premio Eppinger* para honrar al investigador que hubiese hecho aportaciones esenciales en el campo de la Hepatología. Todo marchaba bien, pero un día el galardonado devolvió el premio, arguyendo que Eppinger había colaborado con los nazis. Yo sabía que esto no era cierto. Mi maestro se había limitado a censurar unas experiencias mal planteadas y su suicidio no fue debido a negarse a acudir al Tribunal de Nuremberg, sino a la muerte de su único hijo en el frente de Stalingrado.

Si el pensamiento tiene, como vamos a ver, *un dorso*, también lo tiene la verdad. Mis protestas fueron inútiles y hoy, en ésta para mí nobilísima ocasión, quiero de nuevo romper una lanza quijotesca en favor de la verdad, como tributo de justicia a mi genial maestro vienés.

\* \* \*

Mi predecesor en esta REAL ACADEMIA DE DOCTORES fue un ilustre cirujano, Joaquín Tamames Escobar, que ingresó en ella el 8 de

noviembre de 1983, con un excelente Discurso en el que recordaba algunos de los episodios que de la profesión de médico se reflejaron en la literatura.

Es ésta nuestra profesión de médico una de las que más eco ha encontrado en la literatura universal, unas veces pintoresco y otras dramático. La vida nos rodea y envuelve a médicos y escritores en su maraña espléndida y dolorosa. Asistimos muchas veces los médicos como testigos o actores a las peripecias de la historia, tanto universal como individual. En alguna de estas situaciones dramáticas, que el secreto profesional nos obliga a callar, nos encontramos Tamames y yo, y en esta ocasión pude apreciar las grandes dotes humanas y la bondad de este médico, que son tan memorables aquí como su destreza quirúrgica y su saber como patólogo.

## II

### EL VALOR TERAPEUTICO DEL PENSAMIENTO

Estimo que para discurrir durante unos minutos sobre *El valor terapéutico del pensamiento lo mejor será que comience por evocar unos recuerdos personales.*

A lo largo de mi vida de médico he hecho *tres experiencias cruciales* que conciernen a la importancia que el pensar humano tiene en la clínica médica. La primera de ella fue siendo yo todavía estudiante. Era en la atmósfera con reminiscencias medievales del Gran Hospital de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela, junto a ese gran clínico que fue Roberto Nóvoa Santos. Con frecuencia venían por la consulta enfermas de los alrededores de la ciudad que exhibían una patología que nuestro maestro llamaba «funcional», pero que le servía a las mil maravillas para enseñarnos sobre el cuerpo humano la variada multiplicidad de los síndromes morbosos.

En la misma enferma producía a voluntad, ante nuestros jóvenes ojos atónitos una *hemianopsia*, esto es, una ceguera para la mitad derecha o para la mitad izquierda del campo visual, una *hemiplegia*, una parálisis de un brazo o, a capricho, una anestesia de cualquier parte del cuerpo. A estas enfermas terminábamos por llamarlas *histéricas* y, con asombro, observábamos que no reaccionaban al

dolor que, evidentemente, debía producirles un pinchazo en el antebrazo o en el carrillo.

Un día, encontrándome en mi habitación de estudiante, fui llamado con urgencia para ver a una enferma que, en el piso superior, había sufrido un «ataque». Acudí y observé el cuadro. Rodeada de familiares aterrados, la pobre mujer trazaba con su cuerpo en el aire lo que los luchadores de lucha libre denominan «un puente»; esto es, un arco de círculo. Así, como *arc de cercle*, había sido descrito por Charcot y sus discípulos. Tranquilicé a todos, hice que saliesen del cuarto dejando sólo en él al marido de la enferma y, con parsimonia, me senté en una silla a su lado y me puse a hablar con el marido, tranquilamente, del último partido de fútbol. La paciente se agitó más, prorrumpió en gritos y al cabo de unos minutos cesó el ataque.

Sucedidos como éstos eran, en aquella época, cosa trivial, y si ahora lo refiero es porque hasta el presente no he encontrado a nadie que me haya explicado, en forma satisfactoria, la razón de por qué estos ataques histéricos fueron desapareciendo de nuestra práctica. Todavía en los años que siguieron a nuestra guerra civil y en la Policlínica de la calle de Granada que iba a preludiar, entonces, a la actual Clínica de la Concepción de Madrid, era corriente poder curar cegueras y afonías histéricas dando unos cuantos gritos y con admoniciones cariñosas a los enfermos.

Es sabido que las primeras pacientes de Freud se presentaron al principio también como «histéricas», y los investigadores han podido seguir sus vidas, a veces durante casi toda su existencia. Muchas de ellas llegaron no sólo a llevar una vida normal, sino hasta distinguirse como personajes sobresalientes, quizás con algunos rasgos de su personalidad que hoy, llevados de nuestra manía de roturarlo todo, hubiésemos calificado de «fronterizos».

Hace una veintena de años, a esta viñeta que acabo de dibujar sucedió otra. Me encontraba en París, y un amigo y discípulo, el Dr. Solís, me sugirió que visitásemos en un Hospital de los alrededores de la gran ciudad al Dr. de M'Uzan, que iba a mostrarnos una enferma con «pensée opératoire», esto es, con *pensamiento operatorio*. Por aquel entonces, mi buen amigo el profesor Pierre Marty había, con sus discípulos, presentado en un libro titulado *L'investigation psychosomatique* la tesis de que el problema nuclear, central, de la Medicina psicosomática *era un trastorno del pensamiento*.



Años después, un psiquiatra norteamericano, Sifneos, corrobora las ideas de los psiquiatras de París, dando a este trastorno del pensamiento un nombre que ha hecho fortuna, el de *alexitimia*, que, en un griego que tiene todos los defectos del que empleamos los médicos, vendría a decir que el enfermo es incapaz de verter en contenidos verbales (*alexia*) sus tensiones emocionales (*thymos*). Tuvo, además, el acierto de presentar el problema poniendo en parangón una historia clínica de Charcot, antigua, con la historia actual, moderna de un enfermo con «pensée opératoire». En tanto el primero hablaba con gran colorido emocional, el segundo se expresaba con evidente torpeza en su léxico, con freno en sus palabras, sin colorido, y con evidentísima falta de imaginación. Este contraste que yo ahora presento entre la viñeta de mis pacientes histéricas y la del paciente con «pensée opératoire» parecía convincente. La escuela de Pierre Marty, de base psicoanalítica, esgrimió prolijos argumentos en pro de la tesis de que el mismo trastorno profundo que incapacitaba al enfermo para expresar su emotividad y su imaginación en palabras, era el que determinaba el trastorno en la regulación del funcionamiento de sus vísceras, que acababa traduciendo por *una enfermedad psicósomática*. Ahora, los síntomas no eran «funcionales»; parálisis, anestias, trastornos de la voz o de la visión, más o menos reversibles, sino *trastornos pertinaces* que habían llevado al paciente de una clínica en otra donde había sido rotulado de jaquecas, de hipertensión, de distonías neurovegetativas, de asma, etc., etc. Esto es, la enfermedad se presentaba, como se dice en la jerga médica que ya empiezan también a utilizar los enfermos, *somatizada*, esto es *convertida en síntomas* que tenían su expresión «orgánica»: rigidez de las articulaciones, elevación de la presión arterial, modificaciones en el electrocardiograma, etc.

Las revistas de Medicina psicósomática se llenaron de trabajos sobre la *alexitimia*. Se celebraron muchos Congresos que tenían como tema cardinal el *pensamiento operatorio*, y yo mismo escribí varios capítulos en mis últimos libros sobre esta cuestión. No dejaba de sorprenderme, en primer lugar, el brusco cambio del horizonte de la patología, y en segundo término, la ausencia de algo que es imprescindible en todo trabajo científico, el parangón de lo considerado como morboso con un grupo de sujetos estimados como «sanos». La verdad es que este pensamiento operatorio me parecía que era algo que iba invadiendo poco a poco toda nuestra cultura.

Había otra objeción aún más grave. El médico al que había visto interrogar a una paciente jaquecosa ¿no estaba induciendo en ella, con su actitud, inconscientemente, la *alexitimia*? La frialdad afectiva, la parvedad de su lenguaje, un cierto halo en toda la actitud del médico que quizás iba más allá de lo que podemos describir en palabras ¿no era responsable de la manifestación tangible de un trastorno del pensamiento? En otro ambiente, por ejemplo en la charla con una comadre del barrio o, si la enferma era joven, en una entrevista amorosa, la paciente ¿continuaría siendo *alexitímica*? Probablemente sí, pensaba para mis adentros, pues el mal de la parvedad expresiva se iba generalizando, pero, de todas formas, por todas partes mi suspicacia crítica iba encontrando *alexitímicos sin síntomas*.

Quedaba —y queda— como misterio, el cambio de la fisonomía clínica. En mi consulta privada, los pacientes, tan pronto yo me inclinaba con simpatía sobre sus problemas emocionales, hacía que éstos surgieran a raudales de su subconsciente. Por aquellos años, hace ya más de treinta, y antes de la formulación teórica de la *alexitimia* yo había hecho una experiencia muy aleccionadora. Invitado por la Universidad del Uruguay y por los Centros Gallegos de Buenos Aires y de Montevideo a dar unas lecciones de Patología psicosomática en Suramérica, solía hacerlo sirviéndome, como es casi obligatorio en Patología Médica, de la «presentación de enfermos». Para ello me encerraba con el paciente en una habitación o me aislaba con él en un rincón de la sala y hacía todo lo posible para, en breves instantes, que a veces se prolongaban una o dos horas, ir escribiendo una «historia biográfica»; esto es, relacionando las vicisitudes de la vida con la enfermedad. Fuese por el prestigio de todo médico foráneo o por una empatía especial que yo entonces manejaba inconscientemente, lo cierto es que de estos pacientes brotaba a borbotones un caudal de datos emocionales increíblemente rico. Ninguno de estos datos figuraba en la historia de la institución, y como en ocasiones se trataba de peripecias muy dramáticas, muy pintorescas, y hasta de gran intimidad, cuando exponía los resultados de mis entrevistas, mucho más cortas de lo que hubiese deseado, ante el cónclave de profesores y médicos que me escuchaban, obtenía un éxito muy fácil y del que yo era el primer sorprendido.

No había, pues, en estos enfermos que me presentaban como pacientes de diagnóstico difícil ni el menor asomo de *pensamiento*

*operatorio*. Esta fue la razón por la que, durante mucho tiempo, me resistí a aceptar que la *alexitimia* fuese *la clave de la Medicina psicosomática*. Tan solo había dos tipos de pacientes en los que la resistencia a comunicar su intimidad y la ausencia de fantasía expresiva eran casi invencibles. En primer lugar, los pacientes con *colitis ulcerosa*, hasta hace poco estimada como una enfermedad psicosomática prototípica y, en segundo término, los pacientes con *lesiones coronarias graves*, principalmente los pacientes con *infarto de miocardio*.

Los años, y no sólo los años, los decenios iban pasando y con ellos seguía cambiando el panorama clínico. Cada día me veía forzado a atender a más sujetos con depresiones, larvadas o manifiestas, y también a sujetos presa de gran angustia o de temores y pánicos. La primera idea, la de que mi prestigio profesional era el responsable de *esta selección inconsciente* de enfermos se iba afirmando en mi ánimo. No obstante, la inspección de la bibliografía y las estadísticas de clínicas muy críticas en la evaluación de sus diagnósticos, parecían confirmar un *desplazamiento de la patología hacia cuadros principalmente depresivos y con intensa angustia*. Naturalmente, antes de llegar a mi consulta estos pacientes, habían sido sometidos a toda suerte de exploraciones y, por consiguiente, diagnosticados con las más variadas etiquetas.

Poco a poco, tras la depresión y la ansiedad como morbo colectivo, como una de las dolencias más frecuentes que amargan la vida humana en nuestros días, iba apareciendo un denominador común: la percepción de la existencia como *un vacío aterrador, como una angustiada carencia de sentido*. Todo ello era muy interesante para establecer un nexo entre la patología de la sociedad, que se iba modificando ante mis ojos, y el dolor individual, la desgracia y el sufrimiento de nuestros prójimos.

¿Qué sucedía entretanto con el famoso «pensamiento operatorio»? Por de pronto iba insensiblemente desapareciendo de las revistas especializadas. Ya no se celebraban Congresos y Simposios sobre este tema, y si los había ocupaban un lugar muy discreto entre la inmensa bibliografía médica que crecía en inabarcable avalancha. En la vida cotidiana observábamos sujetos que no necesitaban ir al médico, aunque una mirada sagaz los sospechaba, allá en su último fondo, inexcrutable, poseidos de una formidable *angustia reprimida*. A diferencia de los pacientes antiguos de *alexitimia*, a los que costaba

trabajo sacarles las palabras del cuerpo y que parecían incapaces de emoción, ahora, los sujetos *que en su mayoría no necesitaban ir al médico* se habían tornado locuaces, verborréticos, colmando sus palabras de una emotividad vacía. Eran, por decirlo así, la contrapartida del enfermo alexitímico clásico, pero con el mismo *vacío* en su intimidad, que ocultaban ahora con su inagotable charla, así como antes los otros lo hacían con su silencio y con su torpeza expresiva. Muchos de estos enfermos, que viven sus vidas en incesante hiperactividad y en verborrea incansable tienen, en ocasiones, molestias psicósomáticas. La medicina actual, cada vez más enamorada de la «objetividad», los diagnostica de mil maneras, y mal que bien van saliendo de su dolencia y de los inconvenientes de lo que en Medicina, desde muy antiguo, bautizamos como *polipragmasia*, es decir, de diagnósticos variopintos.

### III

## LA ESENCIA DEL PENSAMIENTO

¿Cuáles son las causas profundas de estos cambios? Antes de contestar a ello permitaseme que añada a las viñetas personales que al principio expuse otra, ésta debida a una de las mujeres más inteligentes de nuestra época, Hanna Arendt, filósofa insigne, discípula de Martin Heidegger; autora de una *Trilogía* sobre *La vida del espíritu*, de la que no llegaron a publicarse, a causa de su muerte súbita más que los dos primeros tomos. Del primero, dedicado al *pensamiento*, voy a tomar unas notas, pues me parece son decisivas para mi propósito actual: investigar sobre el tema «el dorso del pensamiento». ¿Cuál puede ser la contribución del pensamiento a la empresa terapéutica?

Dice Hanna Arendt (pág. 18 de la traducción francesa): «Por dos razones bastante diferentes me he interesado en las actividades del espíritu. Todo ha comenzado cuando asistí al proceso. Eichmann en Jerusalén. En mi informe hablé de la «trivialidad del mal». Esta expresión no recubre ni una tesis ni una doctrina...». Más adelante, esta prestigiosa mujer sorprende a todos los que esperaban que la pensadora afirmase que Eichmann, uno de los promotores de los

hornos crematorios y de los campos de concentración fuese diagnosticado de *ser monstruoso*. Por el contrario, afirma:

«...Lo que me sorprendía en el culpable era una ausencia evidente de profundidad... Los actos eran monstruosos, pero el responsable —al menos el responsable singularmente eficaz al que se estaba juzgando— era completamente vulgar, como todo el mundo: ni demoníaco ni monstruoso...». Según ella, lo que le caracterizaba no era la estupidez, sino *la ausencia de pensamiento*. Y, a continuación, nos hace una descripción del carácter del culpable que parece sacada de una ficha clínica en la que se describe el *pensée opératoire*. «...Cuando el procedimiento se salía de la rutina se encontraba desamparado, y su lenguaje, *atiborrado de clichés*, hacía surgir ante el tribunal una especie de comedia macabra... Clichés, frases hechas, códigos de expresión estandarizados y convencionales tienen, como es sabido, una función social: proteger de la realidad, es decir, de hechos y acontecimientos que se imponen a la atención...»

Añade la pensadora judía: «...Fue esta falta de pensamiento lo que llamó mi atención...».

Creo que es la primera vez que alguien destaca este paralelismo entre el *pensamiento operatorio* que, según la escuela francesa, estaría en la base de todo trastorno psicossomático y la *ausencia de pensamiento* en un criminal notorio. Fue un psicoanalista holandés, de Bastiaans, quien señaló el parecido de la psicología profunda de ciertas perversiones con la psicología de los delincuentes. Pero esto no puede llevarnos más que a una gran confusión. Falta de pensamiento, utilización en lugar del pensamiento de clichés y de estereotipias verbales *la encontramos hoy en todo el mundo*. Sin ir más lejos, en la prensa llamada «del corazón» no existe otro estilo que éste de la «ausencia de pensamiento». A nadie se le ocurre fundamentar sobre ello una teoría de la criminalidad, ni mucho menos una teoría psicossomática. La única explicación que se me ocurre de este error es que, al prestar atención al pensamiento de Eichmann o al de un paciente psicossomático, concentrándonos en su manera de pensar, es fácil caer en el descubrimiento de que, en nuestro tiempo, esta forma de pensar por estereotipias y clichés *es harto común*.

Las anomalías del pensamiento de tipo esquizofrénico o de mecanismos similares (disociación de la vida afectivo-intelectual, pérdida del sentido de la realidad, delirios, alucinaciones, etc.) o las del pensamiento obsesivo, deberían ser estudiadas aquí, pero no hay

espacio para ello. En mi práctica propiezo a diario con formas limítrofes, en las cuales un tipo de pensamiento no sólo intacto sino en ocasiones excelente, brinda síntomas sobre cuya posición nosológica actualmente no cesa de discutirse por los especialistas y que entran dentro de los cuadros llamados «liminares». Probablemente, nuestra cultura, nuestro tipo de vida, tiene mucho que ver con el florecimiento ininterrumpido y frecuente de estas anomalías del pensamiento en las que coexiste una inteligencia vivaz y normal con alteraciones del sentimiento de sí mismo y del propio valer, de la imagen que el hombre se hace de su personalidad y con una cierta angustiosa penuria en las relaciones interpersonales, nacida de un *bloqueo de la emotividad*.

Pero lo que no puede dejarse de lado, pues concierne a la esencia misma del pensamiento, es que, para el médico con la experiencia actual de la clínica, ya no es tema abstracto y filosófico como lo era para los psiquiatras clásicos la relación del pensamiento y de sus anomalías con el grupo humano en el que el hombre vive.

Para el filósofo clásico el pensar era asunto del individuo, cuanto más solitario mejor. Concluye Hannah Arendt el primer tomo de su obra sobre el pensamiento con una frase de Catón el Viejo: «Nunca estoy más activo que cuando no hago nada, ni nunca menos sólo que en la soledad». Pero, antes, Hannah Arendt había fundamentado sus ideas en la idea socrática de que el pensamiento es algo que se produce en el *diálogo interior* entre el yo «y el otro», en lo que Sócrates llama «*el dos en uno*», en el *discurso silencioso del yo consigo mismo*. Así es, según la pensadora Hannah Arendt, como Platón traduce el pensamiento más íntimo de Sócrates. La soledad es la situación del hombre que tiene compañía consigo mismo. Dice Arendt: «Nada muestra con más claridad que el hombre existe esencialmente en la dimensión plural que el hecho de que su soledad actualiza, en el curso del pensamiento, la simple conciencia que tiene de sí mismo y que comparte probablemente con especies animales más evolucionadas, sintiéndola como una dualidad...». *Piensa de manera que estés de acuerdo contigo mismo...* dicen los filósofos. Y la citada Hannah Arendt concluye con estas magníficas palabras: «De igual forma que la metáfora colma el foso que existe entre los fenómenos y las actividades mentales que se van desarrollando, el *dos-en-uno* socrático aporta un bálsamo a la soledad del pensamiento; su dualidad inherente deja entrever la pluralidad infinita que está lejos de la tierra...».

Recordaré en este lugar cuanto he dicho en otros libros míos, p. ej. en *Los duendes del Prado*, sobre esa gran revelación de la Astrofísica que nos enseña la fascinante solidaridad del hombre *con todo el Universo*, desde la más modesta florecilla de los campos a la estrella más lejana. El pensamiento es siempre de mil diversas formas, *plural*, y en sus anomalías refleja lo que ocurre en los profundos estratos de la mentalidad del grupo. El grupo puede volver miserable o excelso el pensamiento del individuo, según que éste le siga servilmente o se encasille en defensas contra la decrepitud del pensar colectivo o se libere de esta servidumbre. Somos menos independientes de lo que creemos y sufrimos de la decadencia del pensamiento colectivo y para no sucumbir a ella el hombre emplea, legítimamente, toda clase de maniobras de defensa.

Quizás veamos esto con más claridad exponiendo la ideas que yo actualmente me formo del pensar humano. Que no se reduce a un mero proceso lógico, puro y limpio, sino que está *siempre contaminado* por algo que le rodea como una vaina o funda (otros dicen una *infraestructura*) que le sustenta y da consistencia. Nuestros pensamientos, por objetivos que parecen o pretenden ser, reflejan *siempre* un sutil trasfondo emocional, que expresa nuestros temores, soberbias, esperanzas, autoglorificaciones, etc., etc. Este *contexto pático de todo pensar* es cuidadosamente eliminado de nuestra conciencia y de nuestra atención. Cuando esta vaina sustentadora es robusta y poderosa, el pensamiento que creemos propio queda reducido a una mera opinión, que refleja el pensar de los demás, las ideas profesadas en común por la colectividad y que hemos admitido, aun a sabiendas, por la fuerza poderosa de las sugerencias colectivas.

He aquí porqué cuando Hannah Arendt resume la posición de Sócrates ante el hecho de pensar, reduciéndola a sus tres metafóricas pretensiones: soy —dice— por un lado como *una comadrona*; por otro, como *un tábano* y también como *un pez torpedo*, ¿qué quiere decir con ello?

La actividad del pensamiento —dice Hannah Arendt— puede comprenderse como una lucha contra el tiempo, contra ese pasado que se desvanece, no sabemos hacia dónde y ese futuro que se nos viene encima. Pasado y futuro se manifiestan cuando por el pensamiento rompemos el fluir de la vida cotidiana. El yo pensante, para la filósofa, no está en ninguna parte, no tiene edad. Ilumina así sus tesis con una parábola de Kafka, en la que éste se imagina dos

adversarios, uno que empuja: el *pasado*, otro que obstruye el camino hacia adelante: el *futuro*. Pero además de los dos hay *un tercero*, el *yo pensante*, que en un momento de debilidad se evade de la línea de combate y se pone como árbitro en la lucha que llevan a cabo los otros dos.

Y aquí nuestra pensadora evoca «una utopía», esa región, ese antiguo sueño que obsesiona a la metafísica occidental desde Parménides a Hegel, sueño de un espacio fuera del tiempo, de una presencia eterna en una calma integral, fuera del alcance de los relojeros de la vida y de los calendarios de los hombres. «¿No será esta, precisamente, la región del pensamiento?» —se pregunta—.

El pensamiento se mueve entre esa grandeza, la de otear en la lejanía el área de lo eterno e inmutable, de lo divino, de eso que un físico atómico, D'Espagnat, apoyándose en un gran poeta, en Paul Valéry, va a llamar el *horizonte*, y que Ludwig Schajowicz va a designar con el nombre de *lo sagrado; el área de las veneraciones* y, por otro lado, en esa *menesterosidad primera*, sin la que el pensar no sería completo; la de sus *bases y fundamentos* en la preocupación humana, en los prejuicios inconscientes, en lo que yo prefiero llamar, con Künkel, *dextratos*. Porque en esta palabra va implícito el pensamiento de un *amaestramiento, de una doma del hombre*, por las costumbres, por el estilo histórico, por los avatares infantiles, por las pasiones recónditas, por las aspiraciones inconfesadas. Ni el pensador más ilustre, el que parece más puro y abstracto, está libre de condicionamientos por la vida. En un libro, a mi juicio importante y que es revelador que haya pasado inadvertido, el de los hermanos Böhme, titulado *El otro lado de la razón*, se nos enseñan las curiosas lagunas que en su vida mostraba esa figura gigante del pensamiento humano que se llamó Emmanuel Kant. Para él, las maravillas del paisaje, de la naturaleza no existían, ni tampoco el enigma alambicado y contradictorio de *lo femenino*, de la mujer, ni el orbe de su propio cuerpo y, por tanto, de su propia *intimidación*, que escondía, no mostrándose jamás desnudo, tanto en el aspecto moral como en el físico. El pensador oscurece inconscientemente todo aquello de su vida que podía iluminar por qué razón su pensamiento sigue unas veredas y no otras, ese ejercicio en el que se han adiestrado tan sólo algunos psicoanalistas y siempre a regañadientes.

Todo pensar descansa sobre un andamiaje emocional, *pático*, que le constituye pero que se escabulle, que inmediatamente después que



ha servido es *escamoteado* por el yo, eliminado de la atención no sólo de los espectadores, sino del mismo protagonista.

#### IV

### PENSAMIENTO Y SALUD PSICOFISICA

Tenso entre sus divinas alturas y sus oscuros infiernos, el pensar humano, mucho más de lo que le rodea *necesita ambas cosas*. En esa tensión entre la realidad a la que no alcanza pero *cuya grandiosidad presente* y esas raíces, humildes e impuras, de las que procede, pero que *niega*, el pensamiento está, por tanto, expuesto a todas las grandezas y a todas las miserias. En los últimos tiempos una hipótesis de trabajo ha surgido, que acaso no corresponda del todo a la realidad, pero que ilumina, por lo menos metafóricamente, cuanto acabo de decir. Es la tesis de la intervención dispar en el pensamiento humano de los dos hemisferios cerebrales. El uno, habitualmente el llamado «cerebro derecho», se ocupa de las «totalidades» de los aspectos «holistas» de lo real, del «temple» del mundo, de las atmósferas, de los «climas», de esos conjuntos inseparables que forma el pensamiento con la emoción, con la voluntad y con la fantasía. Ese pensar totalizador, que no renuncia rí a sus raíces oscuras y terrenales ni a sus cimas celestes, que las comprende ambas, no es privilegio de unos cuantos hombres. Es condición general de todo pensar humano.

Excepto en algunas épocas históricas como la nuestra, o en ciertos imperios de lo vulgar, de lo chabacano, de lo trivial, en los cuales el pensar se acoquina y encoje, convirtiéndose en pura cháchara, en opinión caprichosa, en mediocridad avasalladora, en las cuales aparece el «pensar operatorio».

Y es ahora cuando se nos presenta el gran problema del pensamiento del hombre en relación con su salud psicofísica. En otro lugar, en el ya mencionado texto del Prólogo a la última edición de mi libro *Violencia y ternura* y también en mi libro, escrito con Javier del Amo, «*Terapéutica del hombre*», señalo que un *equilibrado funcionar de ambos hemisferios cerebrales puede ser condición indispensable para la salud psicofísica*. Esto explicaría la razón que probablemente existe en la tesis de la escuela de P. Marty de que la enfermedad

psicosomática (y toda enfermedad es, a mi juicio, psicosomática) se acompaña de un *vicio del pensamiento*. Lo que nos llevaría a la conclusión sorprendente y audaz de que, recíprocamente, todo vicio del pensamiento *condiciona una vulnerabilidad psicosomática*. Intuitivamente, y pensando que sólo era una paradoja, lo sostuvo alguna vez Unamuno; para él es *el buen pensar* lo que mantiene el cuerpo en equilibrada salud, decía. De esta suerte lo que llamábamos el problema de las anomalías o de la patología del pensamiento pasa insensiblemente a la otra vertiente de nuestro tema, el del *valor terapéutico del pensamiento*.

Grave tema, pues si hemos de aceptar una decadencia del pensar y sospechar que el llamado «pensamiento operatorio» es mal universalmente difundido y si éste, además, conduce a una mayor fragilidad de lo que los mecanicistas llaman *la máquina humana*, forzoso es admitir que para poner ésta en buen orden hay que hacer que el hombre *reaprenda el buen pensar*. La terapéutica se convierte así en una *paideia*, en una *pedagogía*.

## V

### LA DUALIDAD DEL PENSAMIENTO. EL HORIZONTE Y EL CEREBRO DUAL

Al final de su libro *Penser la science* (Pensar la ciencia), y después de insistir en que la visión actual del mundo de los físicos atómicos permite negar rotundamente que el Ser sea monocorde y parejo a un «reloj de papá», como efectivamente creen hoy la mayoría de los investigadores. Bernardo d'Espagnat sostiene que «el Ser en cuestión sobrepasa todo pensamiento discursivo...» Por tanto, me permito agregar yo, y siguiendo la línea de pensamiento esbozada en mis libros *Terapéutica del hombre* y *Violencia y ternura*, hay que inventar *otra manera de pensar*.

El físico y matemático retorna ahora a una manera de plantear el problema del pensamiento y de la verdad que no desdeñaría Heidegger. Es más, creo que se encuentra en la misma línea. El pensar poético, para todos ellos, puede ser más profundo y completo que el pensar científico. Heidegger se remite a los pre-socráticos. D'Espagnat se apoya en su admirado Paul Valéry.

Hay que vivir con la ciencia; es indispensable. Para las sociedades y para los individuos. Ya seamos poetas o bien «jóvenes cuadros dinámicos» hay que afrontar nuestro destino, cara a cara, adaptando a él nuestras mentalidades. Es indispensable *una mutación de valores*. Fracasado estrepitosamente el mecanicismo, obligados a acoger en nuestro mundo la *realidad velada* que yo he llamado en otros trabajos míos *realidad mensajera*, el gran físico atómico francés nos propone el concepto de *horizonte*. Este sería *todo conjunto de ideas, de conceptos e incluso de intuiciones, que pueden tener para nosotros valor de referencia existencial y absoluta, con independencia de toda preocupación práctica de adaptación a las contingencias sociológicas y económicas*.

Aclara D'Espagnat: «Esta idea de horizonte no debe evocar la de *límite*, sino que debe hacernos pensar en un horizonte indefinidamente huido, inaccesible por definición a la acción, pero pudiendo ser contemplado por el pensamiento. Un *horizonte de tipo físico* es el que ha animado los grandes descubrimientos de leyes y de cosas, desde Arquímedes, Einstein y Gamow, pasando por Galileo y por Harvey. Pero hay otro horizonte de tipo psíquico. Lo esencial en este horizonte es la *voluntad poética*. «Junto a este horizonte de tipo humano, pienso —dice— en ciertas místicas contemporáneas, en la forma humanista que empiezan a revestir en Occidente y que aspiran a acceder a una forma de iluminación, pero una iluminación cuyo objeto profundo no es ni el mundo, ni Dios, ni mucho menos una idea platónica...» Comenta: «con Baudelaire se podría decir "el infinito del hombre", erigido éste en horizonte».

Llego aquí en mis reflexiones sobre el valor terapéutico del pensamiento a la misma idea con que concluyo un trabajo mío inédito, escrito a la par que éste, sobre *el hombre en la frontera de la verdad*. No se trata de ver cómo se conduce el hombre ante la frontera de la verdad. No hay tal frontera. *El hombre es frontera y el hombre es horizonte. La idea central de D'Espagnat es que estos horizontes humanos tienen que ver con la ciencia y pueden no perderse en vaguedades e incertidumbres, sino que tienen jerarquía de actividad científica*. Así al menos interpreto yo el pensamiento del distinguido físico atómico. En especial cuando nos advierte que no debemos menospreciar los beneficios de esta nueva manera de pensar «en una sociedad tan materialista como la nuestra, tan obnubilada por el consumo, por el dinero y por los oropes...». Es para

mí impresionante ver confluír, como un caudaloso afluente, el pensamiento D'Espagnat, con la rehabilitación del pensamiento *mítico*, (en sus libros *Mito y Existencia* y en sus reflexiones sobre la *Tragedia griega y sobre Shakespeare*) de mi amigo Ludwig Schajowicz... En ambos casos vemos que el pensamiento, científico o mítico, no es nada si no deja presentir a sus espaldas, como su maravilloso substrato, una *luminosidad llena de gracia*. En ella, tras el mundo desencantado del tecnicismo asoman lo que en un reciente libro mío llamo «*las avenidas del esplendor*». Volveré a citar brevemente a D'Espagnat: «...Considero que la idea de una realidad detrás de las cosas, anterior al espacio pero también al tiempo, rehabilita al nivel no fenoménico ciertas grandes concepciones que contribuyeron mucho al desarrollo del hombre». Son, según el mencionado físico atómico, «las que pueden salvarnos del frenesí, de la robotización colectiva y de las decrepitudes del economismo...» Palabras que vienen a coincidir, en lo profundo, con la recuperación de la fuerza y grandeza del pensamiento mítico, tal como ha demostrado bellísimamente en sus últimos libros Ludwig Schajowicz.

Veamos ahora, como resumen, cuál es la versión moderna de esas tres funciones o misiones que Sócrates se asignaba a sí mismo como compendio de sus reflexiones y diálogos. Eran tres: la de *comadrona*, que ayudaba a parir nuevas ideas que rompían con los esquemas anquilosados; en segundo lugar, la *de tábano*, es decir, la de inquietador, la del afiliado *aguijón* que espabila al hombre hasta que acierta a encontrarse a sí mismo sacándole de sus estereotipias. Finalmente, teníamos la enigmática comparación de su tarea con un *pez torpedo*. Que está medio dormido, quieto, y que, de pronto, suelta una descarga eléctrica.

Tales siguen siendo, a mi juicio hoy, las tareas del buen pensar, del pensar que se opone a la paresia o parálisis del pensar de nuestro tiempo, lo que llamaré, con abusivo empleo de mi lenguaje médico, *logoplegia* o *parálisis del pensar*. En el fondo vemos reaparecer aquí esa *Lichtung* o transclarecimiento que Heidegger postulaba como esencia de la verdad.

Pues, ¿qué otra cosa hace la comadrona, la partera, que asistir al *alumbramiento* de la verdad? ¿Y el tábano? Fundamental a todo pensamiento, a mi modo de ver es la *condición genítriz, la genitricidad, la capacidad de dar a luz nuevas ideas, nuevos horizontes. También a mi modo de ver, caprichoso, lo reconozco, la imagen del pez torpedo*

*nos trae a la mente el proceso de iluminación súbita, deslumbrante, el fogonazo de la intuición. Que sólo se produce tras un período de «Gelassenheit» de desinterés, de «desasimiento» de las finalidades prácticas. Pensamiento es iluminación y en ella podemos distinguir estos tres componentes: el alumbramiento, la genitricidad, y el deslumbramiento. Este horizonte del pensamiento es el que es adulterado cotidianamente, en todo momento, por la cháchara vacía de nuestra época tecnificada. Que ha olvidado el pensar. Y que por ello está cada día más enferma.*

## VI

### EL ESTADO DE VIGILANCIA

En el último año han cambiado mucho nuestras ideas sobre estos dos temas: *el estado de vigilancia o la alerta vigil y la posición del hombre en la ciencia del futuro.*

Sobre este último tema y con el título «*Ciencia para el mañana: una nueva visión del hombre y del mundo*» acaba de tener lugar en París, en la Sorbona, en los últimos días de febrero, un coloquio internacional. Acerca de lo primero, del paso del hombre del estado de sueño al estado de vigilia ha publicado Pierre Etévenon el año pasado un excelente resumen de los puntos de vista de un grupo de fisiólogos, neurólogos, psiquiatras, poetas, físicos, pedagogos, etc. Empecemos por este último.

El hombre, al pasar del sueño al estado de vigilia, realiza un acto de cuya trascendencia sólo ahora nos empezamos a dar cuenta; *se despierta*. Esto es, pasa de un mundo a otro mundo, del mundo de los sueños al mundo de la conciencia despierta. Se inicia así el orbe complejo de la vigilia y aparece el fenómeno tan conocido y a la vez tan enigmático de *la conciencia*.

El hombre puede despertarse a muchas cosas. Al mundo cotidiano, al de sus hábitos, al de sus costumbres, al universo trivial de todos los días. También se dice cuando se pasa de la conciencia vulgar a una conciencia lúcida, hipersensible, a una conciencia de un mundo más dilatado que el habitual que el hombre se *despierta*. *Por ejemplo, al mundo de la trascendencia o a la esfera de lo numinoso.* En otras

palabras, se puede pasar en este despertar de la conciencia, en esta *activación preferente de la corteza cerebral del hemisferio no dominante al despertar del hemisferio derecho, del no dominante.*

Es en este caso cuando podemos hablar de *conciencia ampliada* o de *estados inusitados de conciencia*. Cada día la investigación y la clínica ponen de relieve la importancia práctica de esta singular operación en la que el hombre, dando una gran zancada sobre esa frontera de la conciencia, *pasa al otro lado de ella y, de esta suerte, amplía sus posibilidades de conocer.* Esto es, realiza, de manera aparentemente inofensiva y fácil la hazaña, en el fondo descomunal, *de ampliar su inteligencia.*

Un ejemplo de esto lo tenemos en la llamada *sugestopedia*, método que sirve, al parecer, para facilitar el aprendizaje de los idiomas y que, descubierto por un psicólogo búlgaro, el Dr. Lozanov, le ha valido a éste que su gobierno funde, para proseguir sus investigaciones, un Instituto especializado. En Francia la propagandista de este método, Fanny Saféris, lo explica de esta manera: Se establece al principio un estado de relajación, apartando de la mente todo interés pequeño, material, ambicioso, sustituyéndolo por una consideración atenta de lo que sucede en nuestro interior, lo que no deja de tener cierta similitud con los «estados de meditación». Los propugnadores de este método niegan que tenga que ver con la sofrología, y a mi parecer tiene mucha semejanza con ese *desasimiento o desprendimiento* del que habla Carla Cordua cuando traduce con esta palabra castellana el concepto de *Gelassenheit*, tan importante en la última etapa de la filosofía de Martín Heidegger.

Para sus practicantes se trata de una nueva *filosofía de la enseñanza* que va a modificar de pies a cabeza la pedagogía del futuro. Al parecer, con ella un individuo puede llegar a memorizar, con gran sorpresa suya en poco tiempo, miles de palabras y aprender de corrido decenas y decenas de versos. Hablan sus promotores de la necesidad de un entrenamiento en el silencio y en el sosiego, es decir, de una impregnación del sujeto que aprende por un *estado de calma y de tranquilidad* que emana del propio director de la experiencia. En el fondo, se trataría de un método práctico de introducir *lo marginal, esto es, la vida del espíritu* en el despertar del hombre al pleno goce de sus posibilidades intelectuales dormidas. El hombre, sin saberlo, está evolucionando, dicen estos autores, hacia un estado de conciencia más amplia, de una inteligencia más despierta. Naturalmente, sin

haber podido vivir estas experiencias, he de declarar que mantengo, frente a ellas, todas mis reservas. Como vemos, podría aventurarse que esta técnica permite *inocular* en el «pensée opératoire» unas migajas de fantasía, un cierto temblor de creatividad.

Al final de su libro *L'homme éveillé*, en el que se recopilan opiniones sobre el despertar el hombre, en su más amplio sentido, su autor Pierre Étévenon exclama:

«...¿Qué decir, por último, del despertar de una *conciencia del cuerpo*? En general el cuerpo sólo se manifiesta cuando sufre y tiene dolor. Pero nuestros pensamientos, nuestras emociones, nuestras pulsiones hacen tanto ruido y nos dominan de tal forma que nuestro cuerpo las sufre como una bestia de carga, silenciosamente. Pero si nos ponemos a escuchar el lenguaje del cuerpo y los signos que nos envía podemos llegar a esa conciencia misteriosa que no es un despertar de los sentidos, sino algo mucho más profundo; una conciencia del cuerpo no intelectual, no verbal, no emotiva y tan sutil que hay que estar muy despierto y muy silencioso para poder sentirla en el cuerpo. Es como una conciencia de la vida, una conciencia de la conciencia. Antes, cuando mirábamos nuestra conciencia desde fuera, fuera de nuestro cuerpo, era una multitud; ahora se nos presenta única...». Y, más adelante, recuerda las palabras que pronunció en Córdoba, en España, David Bohm, profesor de Física teórica en la Universidad de Londres: «No basta con que la sociedad cambie, que cambie el orden económico o algunos individuos... Es menester un cambio global de la conciencia. No sabemos cómo esto puede producirse, pero es necesario...».

En la primavera de 1982 descubrí en una librería popular del centro de París un libro titulado *La voie de l'esprit*, de Louis Lalement. Era un excelente resumen de la doctrina del místico español San Juan de la Cruz. Había sobre el suelo medio centenar de ejemplares. Volví a pasar a la tarde y casi todos habían desaparecido. La tesis del libro insistía en que el intento de descubrir el mundo del espíritu en sus dimensiones profundas, a través de nuestro universo cotidiano, no necesita valerse de doctrinas y técnicas orientales, difíciles de asimilar fuera de su contexto original, ya que el patrimonio de Occidente nos proporciona los testimonios necesarios en esa empresa de abrir el camino hacia lo más elevado, cuya necesidad cada día se deja sentir con más fuerza en el «mundo unidimensional» de nuestros días. Ese libro fue durante mucho tiempo, y todavía sigue siéndolo, uno de mis libros de cabecera.

## VII

### VERSATILIDAD Y GLOBALIDAD. EL DORSO DEL PENSAMIENTO

La asombrosa potencia de los modernos ordenadores ha dado pie a la esperanza de que el pensamiento del hombre algún día pudiera ser completado con lo que, en frase muy equívoca, se ha denominado *inteligencia artificial*. Una lectura apresurada de algún texto mío ha podido hacer pensar que soy adversario de esta idea de la inteligencia artificial. En el *Prólogo* a la última edición de *Violencia y ternura* creo que expreso con claridad mi pensamiento. La tecnología, tantas veces inculpada de deshumanizadora, retorna sobre sí misma al cabo de sus progresos casi increíbles, descubriendo un nuevo humanismo.

Veámoslo con un ejemplo. Sin la prodigiosa tecnología de la moderna *Astrofísica* o de la actual *Biología molecular* una inmensa parte de la realidad que nos rodea hubiese quedado desconocida, ignorada. Estos inmensos mundos macroscópicos y microscópicos que hoy nos dejan deslumbrados, despiertan junto a la admiración el asombro. Si al pensador clásico la inmensidad del firmamento visible la producía un sentimiento religioso ¿qué no ocurrirá ahora, en el momento en que ese mundo visible con los ordenadores y telescopios o con los microscopios electrónicos queda dilatado en forma estremecedora?

El asombro infinito es la vía regia que nos conduce al sentimiento de encontrarnos inmersos en una realidad infinita. Sólo el pedante o el soberbio pueden quedarse inmóviles en su admiración, esperando que los últimos secretos del mundo acaben por ser desvelados por estos fascinantes caminos de la ciencia moderna. Sin las hazañas casi increíbles de los ordenadores nada sabríamos de esos mundos macro y microscópicos que despiertan nuestro estupor y suscitan nuestro entusiasmo a la par que nuestra humildad. Razón por la cual, en la tecnología en apariencia más deshumanizada alienta, de manera vigorosa, el germen de una espiritualidad nueva.

No en balde observamos que los grandes físicos y astrofísicos, invadidos de este asombro ante el mundo que nos rodea, no se contentan con un desciframiento técnico de la realidad observada, sino que su razón, fortalecida por el conocimiento de los límites de



nuestra inteligencia emigra con facilidad a panoramas y horizontes que han conocido culturas diferentes de la nuestra.

Ya he dicho que, por desgracia, hay que afrontar el peligro de resucitar viejas supersticiones mágicas o astrológicas, disfrazadas en ocasiones de profunda filosofía, pero en el fondo desorientadoras. Esto no ha frenado a muchos de los grandes físicos de nuestro tiempo en la empresa de tomar en consideración puntos de vista que nacieron en Extremo Oriente hace milenios y que ahora, desde comienzos de siglo, como alguna vez he indicado, caminan hacia una armonización con las culturas más alquitaradas de Occidente.

Al resumir estos días sesenta años de admirable investigación colectiva, el grupo *Eranos*, que viene reuniéndose en Ascona, con la participación de físicos y biólogos insignes, de teólogos, filósofos, historiadores de la cultura, de orientalistas, etc., llega a la conclusión de que lo que mejor define su labor es la coincidencia de estas dos cosas: *versatilidad* y *globalidad*. *Versatilidad*, es decir, agilidad para moverse entre los más áduos problemas del hombre, sin rigideces ni tabicaciones; *globalidad*, esto es, sentido de la totalidad, visión *holista* o integradora del horizonte de lo real.

Con el esquema, demasiado simplista pero útil, que he empleado en las últimas páginas de mi *Discurso*, me atrevo a decir que ambas, sensibilidad para la totalidad de lo real y movilidad inquieta y ágil entre las más diversas concepciones y puntos de vista, corresponden a lo que he denominado atributos del pensar del hemisferio no dominante: intuición creadora, sensibilidad para el arte, los mitos y para la realidad de lo numinoso, apertura al misterio y capacidad para integrar lo analizado en una totalidad. Y, en el otro hemisferio, las virtudes de la inteligencia clásica, de lógica secuencial, analizadora, que ha probado su inmensa eficacia en la empresa de dominar la naturaleza y proporcionar al hombre el disfrute de una técnica que es capaz de poner remedio a muchas de sus invalideces y sufrimientos.

Siempre sin dejar de tener presente que las virtudes de la inteligencia no dominante se pierden o palidecen cuando el otro sector de la inteligencia, inspirada en el poder del hombre sobre la realidad, el poder de la inteligencia que mide, fabrica instrumentos, descubre los más recónditos mecanismos del Universo y del hombre no interfiera *absolutizando el pensamiento*; esto es, volviéndose la única forma de pensamiento o la única prevalente, y desplazando la

anterior a ser algo *reprimido, menospreciado* y, en el fondo, constitutivo del que yo ahora llamo *dorso de la razón*.

No es necesario que repita aquí cuanto he dicho sobre el carácter de hipótesis de trabajo, de andamiaje provisional del saber que tiene este *esquema* del cerebro y de la inteligencia dual. Pero estimo que es un esquema útil para aproximarse a este importante enigma de la *dualidad del pensamiento del hombre*, cuya superación, la superación de esta dualidad, se me antoja, como a otros muchos pensadores de nuestro tiempo, la empresa más característica e importante de la época histórica en que nos ha tocado vivir.

Para aclarar esto lo mejor posible examinemos por un momento una de nuestras manos. Por un lado prehensil, diestra, hábil, sus palmas parecen predominar en su labor cotidiana. Que no sería posible sin su dorso, al que atendemos pero como algo secundario. La mano, como todo nuestro cuerpo, funciona, es activa, gracias a una sinergia de los músculos de la palma y del dorso. En un artesano ambas funcionan armónicamente: en un mecanógrafo parece que lo principal es el movimiento de flexión. En cambio, en un gran pianista lo importante es la suavidad infinita con que se levantan los dedos del teclado. En una gran bailarina, cuando enarca su dorso y alza los brazos, la *actitud* aparece gobernando el conjunto de movimientos. La perfección de la tarea, la *gracia*, por decirlo con la palabra justa, depende de la cooperación del dorso y de la palma de la mano. Esto es evidente. Pero algo tan sutil como la caricia deriva, en cambio, de un dominio de los movimientos de fuerza y de prehensión, que se someten a la inhibición de la tendencia prehensora de los flexores por los músculos antagonistas. El concepto de *dorso* se torna así de anatómico en funcional. Dorso es todo lo que, suavizando la acción, la enriquece y hace aparecer la suavidad y la gracia completando la destreza.

Este dorso de la mano o del cuerpo, este equilibrio de la fuerza y de la destreza por la gracia ¿no será lo que está representado en el cerebro por su hemisferio no dominante, el de lo inefable y también de la totalidad, de la «globalidad»? No residirá en su articulación secreta con el hemisferio eficaz, técnico y dominante el divino enigma de la gracia y también el de la belleza y el del genio creador? En una palabra, el enigma del espíritu.

El pensamiento original sufre siempre que falta el juego ágil de la fantasía y cuando no le anima esa secreta sangre de la emoción o ese

fluir subterráneo e inaparente que hace sus veces. Esto es, cuando le falta lo que en este *Discurso* he llamado *su dorso*. Todo ello constituye el juego del pensamiento. Pues el juego, como dicen Bohm y Peat, forma parte de la esencia misma del pensar.

En esa enfermedad, hoy tan difundida, que he bautizado con el nombre de *disarmonía interhemisférica* y que otros designan como «cuadros liminares» observamos las distintas modalidades del *pensamiento operatorio*. Los actuales métodos educativos son hijos bastardos de este pensamiento operatorio, anemizante del espíritu. Si a ello se suma el raquitismo intelectual de los medios de comunicación de masas, en algunas —no en todas— sus manifestaciones, comprenderemos el hondo deterioro del hombre que acarrea el olvido de lo que muchos pensadores de nuestra época denominan *lo sagrado*. Juzgo por ello que no es empresa inoportuna para el médico adentrarse en estas raíces ocultas de la enfermedad colectiva.

*J. Rof Carballo*

## BIBLIOGRAFIA

- ARENDETT, Hannah: *La vie de l'esprit*. 1, la pensée; 2, le vouloir. Philosophie d'aujourd'hui. P.U.F. París, 1977-1978. En inglés *The Life of the Mind*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York y Londres, 1978.
- BENSON, F. Y ZAIDEL, E.: (Ed.) *The Dual Brain*, The Guilford Press, London, 1985.
- BOHM, D. Y PEAT, D.: *Ciencia, orden y creatividad*, Kairos, Barcelona, 1988.
- BÖHME, H. Y BÖHME, G.: *Das Andere der Vernunft*, Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1983.
- BRAUTIGAN, W. Y VON RAD, M.: *Towards a Theory of Psychosomatic Disorders*. En la revista *Psychotherapy and Psychosomatics*. Recopilación de trabajos. Vol. 28. Nº 1-4, 1977. Kaerger. Basilea, París, etc. Con importantes contribuciones acerca del *pensamiento operatorio*, sobre todo de Sifneos y colaboradores, pág. 47. Con abundante bibliografía.
- D'ESPAGNAT, B.: *Penser la science ou les enjeux du savoir*. Dunod, París, 1990.
- ERANOS: *Résonance ou Simultanéité. Gleichklang oder Gleichzeitigkeit. Concordance or Coincidence*. Colección de ensayos. *Jahrbuch*, 1988. Insel Verlag.
- ETÉVENON, P.: *L'homme éveillé*. Tchou, París, 1990.
- LAELLEMENT, L.: *La voie de l'esprit*, Albin Michel, París, 1982.
- PIERRE MARTY: *Les mouvements individuels de vie et de mort*. Pavot, París, 1976.  
*L'ordre psychosomatique*, París, 1980.
- ROF CARBALLO, J.: *Función de los ácidos grasos no saturados en el organismo*. Espasa Calpe, Madrid 1933.  
*Patología psicósomática*. Paz Montalvo, Madrid, 1940.

- Biología y psicoanálisis*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1972.
- Fronteras vivas del psicoanálisis*. Karpos, Madrid, 1975.
- El médico ante el lenguaje*. Discurso de ingreso en la Real Academia Española. Madrid, 1984.
- Teoría y práctica psicósomática*. Desclée de Brouwer, Bilbao, 1984.
- Terapéutica del hombre*. (En colaboración con Javier del Amo). Desclée de Brouwer, Bilbao, 1987.
- Violencia y ternura*. Cuarta edición. Espasa-Calpe, Madrid, 1988.
- Los duendes del Prado*. Acanto. Espasa-Calpe, Madrid, 1990.
- SCHAJOWICZ, L.: *Mito y existencia*. 2.<sup>a</sup> edición. Universidad de Puerto Rico, 1990.
- El mundo trágico de los griegos y de Shakespeare*, Universidad de Puerto Rico, 1990.
- SCHNEIDER, M. y otros autores: *Le trouble de penser*. Nouvelle Revue de Psychanalyse, Primavera 1982. Gallimard, Paris.



**DISCURSO DE CONTESTACION  
POR EL EXCMO.  
SR. D. JOSE M.<sup>a</sup> BARAJAS Y GARCIA-ANSORENA**

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos Sres. Drs. Académicos  
Señoras y Señores,

Agradezco profundamente a esta Real Academia el honor que me ha conferido al encargarme la contestación al discurso del nuevo miembro de número Dr. D. Juan ROF CARBALLO, que es persona sobradamente conocida por su prestigio internacionalmente reconocido en el mundo entero, y yo personalmente lo manifiesto por las enseñanzas de él recibidas durante el paso obligado que teníamos que hacer a través de las aulas de la Facultad de Medicina de San Carlos de Madrid, en la etapa de estudios de PATOLOGÍA MÉDICA, que dirigía el inolvidable Prof. D. Carlos JIMÉNEZ DÍAZ y del que formaba parte prestigiando su staff el Dr. D. Juan ROF CARBALLO.

En esta solemne sesión quiero dedicar un elogio y manifestarle mi expresión de gratitud a este gran maestro que tuve, que llamaba la atención por su especial cultura que abarcaba la ciencia del hombre en sus diferentes modalidades y al que todos sus alumnos conocíamos como D. Juan o Profesor ROF.

El nos ha descrito al hombre como ser que siente y padece fenómenos patológicos, perfectamente incluidos en los Tratados de Patología Médica. El hombre y su cerebro con todas las consecuencias fisiopatológicas y además, el hombre y la mente relacionado con las ciencias del espíritu y añadiendo profundos estudios en el área Psicosomática normal y patológica.

En este discurso tan magnífico sobre *el dorso del pensamiento* con el cual nos ha deleitado, nos describe sus experiencia que califica de cruciales.

Una vez, siendo estudiante, en el Gran Hospital de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela, teniendo como maestro a ese gran clínico que fue Roberto NOVOA SANTOS, autor de uno de los mejores Tratados de Patología General, que la inmensa mayoría de los estudiantes de medicina tuvimos entre nuestras manos cuando cursamos dicha asignatura, tuvo ocasión de describirnos un caso de histeria y la conducta terapéutica seguida.

En otra ocasión, hace aproximadamente unas dos décadas, encontrándose en París en compañía de un discípulo suyo, el Dr. SOLIS, éste le sugirió visitar al Dr. D'UZAN, el cual le presentó una paciente con lo que él llamaba *pensamiento operatorio*.

Más tarde, un psiquiatra llamado SIFNEOS, confirma la tesis de los colegas franceses, creando para este tipo de trastornos del pensamiento, el nombre de *alexítimia*, palabra derivada del griego, que viene a decir, que el enfermo no es capaz de expresar de palabra (*alexía*) sus tensiones emocionales (*thymos*).

El Dr. ROF CARBALLO, nos da las razones en su magistral conferencia, por las cuales se resistía a aceptar que la *alexítimia fuese la clave de la medicina psicósomática*.

Compartimos con ROF la idea de que *pensamiento es iluminación*, y que SOCRATES se asignaba a sí mismo como extracto de sus reflexiones y diálogos, que constan de tres componentes, que son:

- a) *el alumbramiento* de la idea que nace.
- b) *La genitricidad*, que genera nuevas ideas y nuevos horizontes.
- c) *el deslumbramiento*, que nos trae a la mente el proceso de la iluminación súbita y deslumbrante. Es el fogonazo de la intuición (el viejo dicho vulgar de «se me ha encendido la bombilla»).

Desgraciadamente, nuestra sociedad, y tiene muchísima razón ROF, es cada vez más vulgar, adultera el horizonte de pensamiento por las simplezas que se dicen, que hace que fácilmente se vaya olvidando la capacidad de pensar y sólo predominen los temas de la sociedad de consumo en esta época de tanta tecnología, como nos lo acaba de decir.

Por ello cree que la sociedad actual, según sus palabras finales, está cada vez más enferma.

Comienza el Prof. ROF sus estudios a partir del año 1915 hasta 1935, dirigiéndose a centros germánicos para perfeccionar allí la formación recibida en España. Aunque en la actualidad sabemos a ciencia cierta que todavía sigue estudiando, como condición inherente



a la clase médica en activo que quiera estar al día de los avances que se producen en la medicina, y nos obliga a estar estudiando toda la vida profesional y aún después.

Inicia sus estudios de Hematología con el universalmente conocido Prof. Gustavo PITTALUGA, a quien la clase médica y compartiendo el sentir del Prof. LAIN ENTRALGO, no ha rendido el homenaje que en justicia merece.

ROF hará cursos durante dos años con el Prof. STERNBERG en Viena, sobre Anatomía Patológica General y Organos Hemopoyéticos.

Hará con EISLER los de Radiología Clínicas; con WINTERBERG y ZACK, hará los Estudios de Cardiología Clínica y Electrocardiología.

Es en Colonia donde trabajará con el Prof. EPPINGER sobre la fisiología de los ácidos grasos no saturados.

En Coopenhague, con MÖLLGAARD investiga sobre el metabolismo del calcio y fósforo.

Es a partir de 1931 y hasta 1936, tras un gran esfuerzo, ahonda en el estudio de lo que van a ser en adelante sus principales líneas de trabajo: la ANATOMÍA PATOLÓGICA y la FISIOPATOLOGÍA BIOQUÍMICA.

El Prof. ROF comienza a ser clínico en las salas del hospital sin olvidar su gran afición al microscopio y a los aparatos de laboratorio.

Podemos decir que sus fuentes de ciencia médica proceden de su estancia con el Prof. PITTALUGA, luego con el Prof. JIMÉNEZ DÍAZ y posteriormente con el Prof. MARAÑÓN.

Hay que decir también en honor de la verdad, que ellos también se beneficiaron con la colaboración del Dr. ROF.

En el año 1933, ROF está en plena madurez, pero no en toda su plenitud; es cuando presenta su tesis doctoral titulada «FUNCIÓN DE LOS ACIDOS GRASOS EN EL ORGANISMO», y publica en diferentes revistas españolas y extranjeras, numerosos e interesantes trabajos sobre diferentes temas, como EL LINFOGRANULOMA, LA ENFERMEDAD DE GAUCHER, LA PATOLOGÍA DE LOS ÓRGANOS HEMOPOYÉTICOS, LOS ESTADOS DE CARENCIA, etc., etc.

Es a partir de 1939, fecha en que inicia su publicación la Revista *Psychosomatic Medicine*, lo que le mueve a iniciar una medicina antropológica que va a ligar entre sí el proceso bioquímico y el hecho psicológico y social de la convivencia humana.

Y es en 1949 cuando la publicación de tres importantes libros suyos van a marcar en él el rumbo intelectual, médico y antropológico. Estos libros son:

1º En 1949, el Tratado de *Psicología Psicosomática*.

2º En 1952, el titulado *Cerebro interno y mundo emocional*, y

3º En 1961, el llamado *Urdimbre afectiva y enfermedad*.

Este último libro constituye uno de los más importantes libros médicos que ha escrito Juan ROF.

Se trata de un detenido estudio de la convivencia humana, de la relación del hombre con sus semejantes, iniciando el estudio con aquellos que tienen mayor relación en razón de su proximidad.

Aquí se nos revela ROF como un gran antropólogo, internista y patólogo general al decir del Prof. LAIN ENTRALGO, es aquí donde alcanza una altura intelectual semejante a la que logró BINSWANGER como psiquiatra y psicólogo en su *Grundformen und Erkenntnis menschlichen Dasein* (Forma primitiva y conocimiento del hombre presente).

Son dos sentencias las que influyen en el espíritu, a saber:

«Ad personalitatem requiritur solitudo» que escribió hace unos siglos DUNS ESCOTO y posteriormente Xabier ZUBIRI escribiría hace unos años «En la verdadera soledad están los otros más presentes que nunca».

Haciendo realidad estas dos sentencias, ROF CARBALLO ha consagrado la activa soledad de su cuarto de trabajo al demostrar por la lectura, la observación y la meditación que la compañía afectiva de los demás semejantes, especialmente durante los primeros años de la vida, es absolutamente necesaria, tanto en el orden psíquico como en el somático, para que adquiera el hombre su plena integridad biológica íntegramente, que es a lo que llamamos «normalidad o salud».

Podemos afirmar con el Prof. LAIN ENTRALGO, que Juan ROF CARBALLO ha llegado a ser una de las máximas autoridades mundiales en este tema antropológico y médico de la convivencia humana, sin que esto haya causado detrimento en su formación anatomofisiopatológica.

Es también muy importante citar su trabajo sobre las «Disproteïnemias» en 1953, así como las investigaciones posteriores acerca de la bioquímica de la inmunidad, las enfermedades por autoagresión, la patología del colágeno y las leucemias.

Su principal objetivo ha sido y es construir una medicina antropológica que ligue los procesos bioquímicos de nuestro organismo y el hecho psicológico-social de la convivencia humana.

Llegado a este punto nos encontramos en una situación en la que se plantea el enlace armonioso y científico de la vida personal con la bioquímica.

Esta idea es lógica si pensamos que el organismo humano se compone de cuerpo y alma, ¿cómo no vamos a comprender, por tanto, la unión del DNA (Acido desoxirribonucleico), la neurofisiología, incluso si me apuráis, la creación literaria y la vida religiosa? Dice ROF:

Se han dicho y hecho muchas reflexiones, como la de VIKTOR VON WEIZSÄKERE, que dijo que «la condición moral del ser humano no sólo se expresa en la intimidad de su conciencia y conducta que dependen de la dinámica físico-química de los protoplasmas celulares y de la dinámica de los líquidos intersticiales».

Esta idea la había dejado plasmada ROF en el discurso que dió y que tuvo por título «HACIA UNA NUEVA ENDOCRINOLOGÍA», en la Real Academia de Medicina.

Todo lo cual indica que en el hombre, la actividad de la organización hormonal —ordenada en la salud y desordenada en la enfermedad— se realiza bajo tres aspectos, que son:

El molecular.

El embriológico

El ambiental o social

Algún tiempo después lo recopila publicando su trabajo «URDIMBRE AFECTIVA Y ENFERMEDAD» que luego llamará *sociogenética*.

El concebirá la vida humana como la fusión de la libertad y la entropía, la convivencia y el código genético, el amor y el *spin* de las partículas elementales, la conciencia moral y el instinto, la biología personal y la biología submolecular.

Estas son las bases de la nueva endocrinología de que ROF nos habla. Como decía mi maestro, el Prof. LAIN ENTRALGO; *Esto es el alfa y el omega* de la actividad médica e intelectual de ROF CARBALLO.

Nos encontramos frente a un hombre que es médico, patólogo, ensayista y escritor.

El Dr. ROF, nacido en Lugo, fue profesor ayudante de la Facultad de Medicina de Madrid desde 1928 hasta 1936. Fue Jefe del Servicio de Anatomía Patológica del Laboratorio Central de la Facultad de Medicina de Madrid.

Además de los estudios realizados y antes mencionados con PITTALUGA en Madrid, STERNBERG en Viena y EPPINGER en Colonia, estuvo pensionado en Alemania, Austria y Dinamarca.

Hizo sus estudios de neurología con HOFF para después pasar a Coopenhague y París.

Fue Jefe del Servicio de Endocrinología del Instituto de Investigaciones Médicas del Prof. JIMÉNEZ DÍAZ.

En la Fundación ROCKEFELLER hizo numerosos trabajos de investigación sobre los trastornos carenciales de la postguerra.

Fue Jefe de Endocrinología Psicosomática del Instituto de Patología Médica que dirigía el Prof. D. GREGORIO MARAÑÓN.

En la actualidad es Académico de Número de la Real Academia Española y de la Real Academia de Medicina de Madrid y Miembro de Honor de varias Sociedades Extranjeras.

Su labor científica no se ha circunscrito solamente a recibir homenajes merecidos, sino que debemos añadir su labor eferente o proyectiva realizando cursos de Patología Psicosomática en Uruguay, Brasil y Argentina.

Fue nombrado experto de la O.M.S. (Organización Mundial de la Salud).

Ha sido Fundador de la Sociedad Española de Medicina Psicosomática y de otras entidades de Medicina Psicosomática.

Ha publicado más de trescientos trabajos científicos, y entre los libros que ha editado figuran:

*El hombre a prueba; Cerebro interno y mundo emocional; Cerebro interno y sociedad; La medicina actual; Disproteinemias; Mito e realidad da terra nai; Entre el silencio y la palabra; Niño, familia y sociedad; Urdimbre afectiva y enfermedad; Medicina y actividad creadora; Violencia y ternura; Rebelión y futuro; Signos en el horizonte; Biología y psicoanálisis; El hombre como encuentro; Teoría y práctica psicosomática; Terapéutica del hombre.*

En la actualidad ha publicado la cuarta edición de *Violencia y ternura*, con un preámbulo interesante en el que expone la evolución de sus ideas, y un hermoso libro, *Los duendes del Prado*.

La obra del Dr. ROF CARBALLO es muy extensa, muy importante y sobre todo variada, como gran polifacético que es él, y acabamos de exponer al decir de su aspecto médico, antropólogo, psicólogo y no olvidemos sus aptitudes literarias. Nosotros pensamos que no en vano pasó por el Instituto de Patología Médica que dirigía el que también fue nuestro maestro D. Gregorio MARAÑÓN Y POSADILLO.

Este discurso nos revela la calidad científica de su extenso conocimiento que, unido a la exquisitez de su pluma y oratoria, demuestran que sabe expresar y decir con claridad pedagógica todo su saber.

Para terminar, diremos que podemos felicitarnos al poder contar los Miembros de este Claustro Académico con tan eminente científico y pensador que viene a enriquecer con su saber a esta Real Academia de Doctores, como es la figura de Juan ROF CARBALLO.

He dicho.

